

La vulnerabilidad nos deja abiertos para ser heridos. A nadie le gusta estar en esta situación. Jesús en su naturaleza humana, como nosotros, estaba vulnerable. Jesús es llevado al desierto. Él pasa allí cuarenta días orando y ayunando para prepararse para el comienzo de su ministerio público. Después de estos cuarenta días solo en el desierto, Jesús estaba vulnerable, estaba maduro para una tentación; maduro para ser llevado en que bajo cualquier otra circunstancia, él no habría podido haber ido. El diablo fue inteligente, sabiendo cómo golpear a Jesús en donde él estaba más vulnerable; trató de seducirlo con tentaciones inasequibles—físicamente ("convertir estas piedras en pan"); psicológicamente ("tírate abajo", la búsqueda del poder); espiritualmente ("todo será tuyo si lo inclinas ante mí", dándole a alguien o algo, la suprema relación en vida que sólo pertenece a Dios, el pecado original de Adán y Eva dicho en la primera lectura de hoy).

El evangelio de hoy nos enseña que la tentación viene cuando nosotros también estamos de lo más vulnerables. Lo mismo que para Jesús, es esencialmente una tentación de poner nuestros propios deseos y necesidades primero; de hacer lo que es mejor para nosotros en ese momento; cediendo a nuestros propios impulsos sin medir las consecuencias. Es decir, de pensar primero en nosotros mismos. Este mismo mensaje lo escuchamos la semana pasada en la metáfora de Dios / *Mamón*. Resistir la tentación es una manera de resistir el egocentrismo. Al igual que Jesús, debemos elegir de entregarnos nosotros mismos a Dios, quien sólo él debe ser es el centro de nuestras vidas. Este es el primer principio para vivir una espiritualidad y estilo de vida en la administración. Cualquier otra opción es la elección de un dios falso. Teniendo en cuenta nuestra vulnerabilidad, ¿cómo podemos resistir la atracción a la tentación, a la adoración falsa, al pecado? ¿Cómo podemos comenzar, o continuar creciendo ser más como Jesús?

La respuesta la encontramos en el principio de la historia del Evangelio de hoy. Cuando Jesús estuvo en el desierto, ayunó y rezó. Dos de las tradicionales prácticas de la Cuaresma son ayunar y rezar. El ayuno es tratar de elegir algo valuable sobre todo el resto, y darle su prioridad en nuestra vida cuando dedicamos en nuestro horario un tiempo aparte y/o participamos en cualquier disciplina necesaria para ayudarnos alcanzar nuestra meta. La abstinencia, es decir, dejar de comer algo, no jugar juegos de computadora, es una disciplina física que suele acompañar el ayuno, pero no es su esencia. La abstinencia es un medio para un fin, no un fin para sí mismo.

Para Jesús, el ayuno estaba entrelazado con la oración. La oración es iniciar y/o profundizar la relación personal con Dios. La gente que tiene esta relación personal con Dios vive conscientemente cada momento con la conciencia de la presencia que Dios mora dentro de ellos y por lo tanto piensan, deciden, hablan y actúan en base a esta relación. Decir a las oraciones es una parte de una vida de oración, pero decir las no es su esencia. Al igual que la abstinencia, recitar oraciones es una práctica disciplinaria, es un medio para un fin. Participando en diversas formas de oración pública y privada nos debería conducir a ser personas de oración. A través del ayuno y la oración Jesús resistió las tentaciones del diablo en sus momentos de más vulnerabilidad en el desierto, a lo largo de su ministerio, y en los últimos momentos de su vida en la cruz.

Este fin de semana ustedes recibirán un folleto que enumera diversas oportunidades para vivir una espiritualidad de oración como un administrador/discípulo. Al comenzar esta Cuaresma, los invito a todos a una administración de ayunar y de orar. Los invito a tomar su tiempo dentro de sus horarios para que puedan comenzar, o profundizar su relación con Dios a través de Jesús, elegir una o varias de las sugerencias de oración que se les han dado, no sólo para esta Cuaresma, sino para que continúen haciéndolo después que la Cuaresma termine. Como una manera de empezar, o añadir a la formación de una vida de oración, quiero sugerirles un par de libros que pueden serles útiles. En esta Cuaresma estoy leyendo: "*Mente Abierta, Corazón Creyente*. Reflexiones de seguir a Jesús", por el Papa Francisco. También les recomiendo a ustedes la exhortación por el Papa Francisco: "*La alegría del Evangelio*" (*Evangelii Gaudium*). Además posiblemente, ustedes también deseen leer la lectura de la 'Sección IV' del "Catecismo de la Iglesia Católica" (promulgado por el Papa Juan Pablo II), que es una meditación maravillosa en el Nuestro Padre o la Sección I que cubre cada uno de los artículos del "Credo de los Apóstoles"; todo esto para la preparación, la renovación de nuestras promesas bautismales en Pascua. La información sobre de cómo usted puede obtener copias de estas publicaciones se encuentra en el Boletín de este fin de semana.

El Papa emérito Benedicto XVI nos dijo: "Las exigencias de la vida cristiana ... la fidelidad diaria al Evangelio, la valentía de dejar que Cristo crezca dentro de nosotros, y de dejar que él sea quien guíe nuestros pensamientos y acciones. Esto sólo puede suceder en nuestra vida, si tenemos una relación sólida con Dios. Orar no es tiempo perdido; no nos saca afuera de nuestras actividades. ... Solamente si tenemos una fiel, constante y confiada vida de oración, entonces Dios mismo nos dará la capacidad y la fuerza para vivir con alegría y serenidad, y para superar las dificultades, y para ser testigos valientes a él. "

Padre Jim Secora